

Latín y griego

SALPICADAS por el lago de sangre que ha vertido la conflagración rusa, las naciones débiles se defienden intentando robustecer instituciones y filosofías conservadoras. El fenómeno es semejante a la reacción europea posterior a la revolución francesa. Entonces, la Santa Alianza pretendió guarecerse al amparo de las monarquías absolutas y las ideas ultramontanas. Ahora, reaparece la autocracia en variedades fascistas más o menos tiránicas. Es una forma tan conservadora en política como lo es el neotomismo en materias ideológicas. En la enseñanza, síntomas de reacción se advierten igualmente. Uno de ellos es el afán de volver a basar los estudios secundarios en el conocimiento del latín y el griego.

Permítasenos una aclaración antes de continuar. Celebramos que algunas gentes estudien latín y griego. Mas aún, para los que van a dedicar su vida a investigaciones de historia, de filología y de filosofía clásica, el auxilio de esas lenguas es indispensable. Lo que dudamos es la conveniencia de obligar su aprendizaje en determinados cursos secundarios y lo que negamos es que no pueda existir — como sus fieros defensores lo proclaman — cultura profunda que no se base en ellas.

Nada más sencillo al parecer que decretar un día: desde ahora se enseñará el latín y el griego en tales cursos. La dificultad comienza en determinar qué asignaturas habrá que suprimir o cercenar para que encuentren cabida en el ya recargadísimo programa. Porque las materias por enseñar son muchas y acrecientan cada día con el avance de las ciencias, y las horas consagrables a los libros no pueden aumentar sin desmedro de la salud y de la vida del niño. Mientras más asignaturas se introduzcan en el programa, menos se podrá profundizar ninguna. El factor tiempo..... Cuánto se le olvida al tratar de enseñanza, y nada que dure puede hacerse sin él.

Los dos problemas mayores de la práctica pedagógica se rotulan adaptación y selección: adaptación de métodos y materias al tipo de educando y a su grado de desarrollo espiritual, y selección, en el voluminoso caudal de las cosas dignas de ser aprendidas, de aquellas fundamentales a la continuación de la cultura humana sobre la tierra.

Cuanto se ha realizado en el primero de esos tópicos con referencia al griego y al latín es deleznable. Hay una pésima tradición de siglos que entorpece su enseñanza. Se ha intentado someter a ella a muchachos que no tenían el menor in-

terés por tales asignaturas, a una edad que no es la apropiada y con métodos fósiles. Principiar a enseñar un idioma por su gramática es lo más fácil para un profesor ignorante y lo más difícil para que el alumno alguna vez llegue a dominar esa lengua. Y tal es lo que desde la Edad Media hasta ahora se viene haciendo.

A los catorce o quince años hay un período en que la imaginación de algunos adolescentes vibra con sensibilidad exquisita ante la belleza. Si en ese momento se encuentra con un profesor que perciba la maravillosa pulsación de la literatura helénica o latina y sea capaz de comunicarla, al calor de ese entusiasmo el niño, por amor a la belleza y por interés hacia esos pueblos heroicos y aventureros de las más altas hazañas, traspondrá las dificultades iniciales del aprendizaje para entrar triunfante en los dominios del latín o el griego. Mas tal cosa no puede realizarse con dos o cuatro horas semanales en un horario lleno de otras actividades. No tomamos en cuenta que para aprender directamente una lengua (tal como lo hace el niño en su propio país, o el extranjero que va residir a un pueblo de idioma diferente) se necesitan años de constante ejercicio, de oír a cada instante, de leerla y de hablarla para alcanzar un cierto dominio. Ocho o diez horas semanales durante dos a cuatro años serían un tiempo medianamente adecuado para que un estudiante normal, ayudado de maestros y métodos buenos, alcanzara a traducir con facilidad a Homero o a Virgilio. Y la pregunta vuelve a repetirse: ¿qué asignaturas omitiremos o disminuirémos en el horario para darles cabida?

A ello responden sus defensores que siendo estas lenguas clásicas las fundamentales para la obtención de una cultura humanística, no importa que se les reste tiempo a otras asignaturas.

Acontece con ciertos términos que reciben tantas acepciones como personas los emplean. Cultura, por ejemplo. ¿Qué entendemos por hombre culto? Para nosotros, hombre culto es aquel que posee una clara estimación de los valores humanos. Quien distingue lo fundamental de lo accesorio en la vida, lo valioso y lo deleznable en las colectividades y en los individuos, y que no sólo teoriza sobre esas elecciones sino que las vive, ese es un hombre culto. El conocimiento de las lenguas clásicas no es el único camino que lleva a tal cultura, ni siquiera asegura que conduzca infaliblemente a ella, porque no es imposible que con toda su erudición latina, un hombre no alcance a ser culto.

Los muchachos de las escuelas modernas salen de ellas en su mayoría incultos, no por falta de los clásicos, sino porque se ha pretendido enseñarles tantas cosas diversas que no han podido digerir, meditar ni poseer ninguna ciencia a fondo.

Tienden a la petulancia, creen que no necesitan estudiar más, imaginan que lo que ellos han hecho — hojear los libros — es estudio y que la sabiduría es algo que puede obtenerse sin esfuerzo, de la noche a la mañana.

Creemos con Dewey que no son las materias que se enseñan sino la forma cómo se las aprende y asimila, lo que exprime el jugo de la cultura.

Pedimos latín y griego cuando no concedemos a la enseñanza del propio idioma castellano la atención y el tiempo que merece. Escritores y maestros de la América Hispánica comprendemos — al comparar la rigidez y la pobreza de nuestro léxico con la abundosa flexibilidad del que emplean los peninsulares — que usamos un idioma prestado. No nos sentimos sus amos, porque vastísimos dominios y posibilidades tuyas se nos escapan. Y esto, que es verdad del escritor, lo es también del ciudadano común que acepta con facilidad los términos extranjeros, porque ignora que exista en castellano el vocablo correspondiente. Seríamos más cultos, sin duda, si todos manejáramos con mayor conocimiento, más respeto y más amor nuestra lengua. No es indispensable profundizar latín y griego ni sentar cátedra de ambos para mejorar la enseñanza del castellano en los colegios secundarios. El conocimiento de raíces y etimologías clásicas puede ser añadido a las clases de la lengua materna sin alucinar a los muchachos induciéndolos a imaginar que porque conocen una cincuentena de palabras griegas o las declinaciones latinas pueden sentar plaza de clasicistas.

A quien obligaríamos a leer a Sófocles y a Cicerón en el original sería a los profesores de lenguas, romances y especialmente a los de castellano.

En resumen: no nos esperancemos de que aumente la cultura media con el hecho de introducir de nuevo en los programas de los liceos el estudio del latín y el griego. Oblíguesele a los especialistas. Auméntense y mejórense las cátedras universitarias buscando para servir las a clasicistas excelentes. Mas a la muchachada liceana no se le fomente la vanidad, la petulancia, la erudición a la violeta y la ignorancia de lo que es el verdadero saber atiborrándole el cerebro de retazos de ciencias y girones de letras.—A M A N D A L A B A R C A H.